BIBLIOTECA NACIONAL

L.84 — SN

A-3 - E 1

Quito-Ecuador

ŭ.l

CARACTERES

LOS OFORTUNOS. DON QUIJOTE. JUAN MONTALVO

QUITO-ECUADOR

Envir del autor 1915

CARACTERES

Los oportunos

Hay hombres todavía que se quejan de la designaldad social, con un candor y una estupidez que asustan. Les parece difícil comprender como sus prójimos, siendo tan igualos, así en la naturaleza de su parte corpórea como en la posesión de facultades en el espíritu, resultan, en medio de la conformación colectiva que ellos mismos han efectuado, los seres más tristamente anómalos...i Y esto culpan, aún, a la mera cobardía humana— que es la sinrazón infame de una «humillación» y una «tiranía» en todo caso, —ignoran-

do, sin duda, que sí hay sabios en el mundo l

No: la desigualdad no es cosa que deben discutir los hombres; que ella es designio de la Providencia, creadora y ordenadora del Universo. Sólo es posible el comentario, y he aquí lo que dicen los sabios en los suyos, -- los sabios como Carlos Maurras, como Bourget y Henry Moupezat, - por intermedio de uno, que yo me lo imagino de nombre Stifo, y que es hábil y elegante prosista, y viejo de la época moderna : Hijos míos, hablar sobre desigualdad social, en estos tiempos, y con cierto desdén hacía ella es, además de locura, una triste falta de sentido común. Si equidad, si conservación social, si virtudes humanas hay en el mundo, no es sino merced a la desigualdad. Pues ésta es una ley, una necesidad imprescindible de toda agrupación viviente; y es necesidad, y es ley, ya por razones de existencia propia, ya por estética, y hasta por dignidad de conjunto. La sociedad es la designaldad; y quien habla mal de ésta, habla mal de aquélla, y vilipendiada aquélla, no tenemos sino que pensar en la justicia cavernaria, de los hombres desnudos y las mújeres errantes de varón en varón, comiendo frutos verdes y bebiendo de los arroyos con las manos, y matándose por un miserable hueco cualquiera.... Anomalía cruel, equidad imposible para vesotros, i oh miserables de la tierra!; pero anomalía, al fíu, que nos mantiene, que nos dignifica, porque de ella ha hecho la moral humana su materia original, y que nos eleva, muchas veces, hasta la categoría de dioses. Pasa hoy la democracia por una crisis tremenda, que en su porfía senil los fanáticos de aquélla procuran ocultar ; y he aquí una prueba desconcertante de su presencia inelicaz.... Charlad, cuanto queráis, contra la sociedad, acusándola de pura infamia; pero confesad también, ingratos, que es una infamia necesaria, includible, sin la cual la vida no fuera sino un límite. en cuvo fondo el espíritu no haría más que enroscarse, como una culebra, para no dar nada sí! Y confesad los fracasos de vuestros teorizantes y revolucionarios velados que pretenden matar el sentimiento social en los hombres, con sofismas desconsoladores y tétricos. Lo sombrío, lo fatal sería, sí, una igualdad absoluta, porque con ella moriría la comunidad, que es el emor con nuestros semejantes, y por tanto, la ética. Lo racional, sigue- y seguirá siendo aún la anomalía i te pese a tí, oh, lejano moralista de imposibles que te llamabas Cristol, donde se armoniza la vida y se recon eilian los hombres, como dentro de un abrazo gigantesco. - i La «infamia eterna ! -- Y ella es un juramento solemne de los ciclos....

Los genios y sus órbitos. Ellos....

Tal conformación explicada por *55sifo>— que yo me lo imagino un hábil y elegante prosista y viejo de la época moderna,— parece a primera vista, un absurdo doloroso. Mas, todo es sobrana verdad... Y en medio de

tan cautivante paradoja- i flor de melancolía sempiteina / para los frustrados y afligidos del mundo !- cual magnos astros, en revuelto ciclo, fulgen los «oportunos»..... ¿Que quienes son ellos ? Son.... los que me han sugerido las divagaciones que antes dejo escritas. De una importancia especial en la socielad, my paracea tembién, en cierto modo, una causa de su tan laudable desequilibrio. Y claro que este parecer sólo podrá juzgarse según el grado de sensibilidad ética de cada uno de vosotros, lectores; que desde puntos de vista sociales mismo, jamás. Yo lo confieso: esta mía es una observación muy «objetiva.» circunscrita ; pues que ellos-los oportunos- no tienen la culpa: son aprovechadores: buscan la lícita satisfacción a sus naturales instintos e sólo digo que son una causa, y nada más.... Esta crítica de los opornos no quere moralizarlos, ni rub rizar a nadie : tal querer, si lo hubiera, además de utópico, por utópico sería simplemente para reír. Como en otros ingenuos escritos míos que tratan de personajes célebres, o de excepcionales acontecimientos de la historia, no deseo sino «admirar». Además, el hombre, como diría algún olímpico de nuestros tiempos, puede ver en el mundo lo que le da la gana, y expresar "me gusta" o "no me gusta", así fuese un imposible. Y yo también observo-sin pujos de apóstol ni de teorizante, eso si, - y digo: Es verdad que a los hombres, como a todas las cosas de la tierra, no les conviene ser demasiado iguales. Y me circunscribo, y agrego: Gracias a los oportunos no vivimos todos como si cortados con boz : sería nuestra desventura total. A Dios lo dehemos....

i Oh, los oportunos!

¿ Cómo ! Yo siempre que miro a un estúpido de gobernante de pueblos; y a un varón inteligente de limosnero público, no me sorprendo. Quiere décir que este fue, françamente, con todo su talento, un fenómeno inhábil -algo como antorcha luminosa y potente gastándose a pleno sol; -y el otroun mediocre cerebral, cierto; pero un muy listo, quiero decir, algo peor todavía, un «oportuno». Sobre esta diferenciación mía, por más vulgar que os parezea, no digáis nada: pues hay hombres que nacieron con el muy especial dichoso don de la oportunidad. Esta no es la trivial, buscada solamente por los cursis y meros ambiciosos : es uno como sentimiento particular que a ciertos individuos les asiste. No er un reclamo de los hombres, por querer propio : es una dirección instintiva, para sus actos de consecución feliz. Es reclamo, cuando se la espera, para tentar el éxito : cuando ella viene a las manos, no. Así, un hábil reclamista, por ejemplo, quizás haya sido un famoso alemán-Bernhardi- que va va a ser hombre in mortal, porque ha tenido la rara genialidad de escribir sus maiaderías militaristas estando la guerra a las puertas. Mas, «mis oportunos» son otra cosa. ¡ Pero no todos ellos son estúpidos! Para tal afirmación tenemos que recordar, antes una dolorosa antítesis. Siempre. Y he aquí, libre de las rudezas de la vida ordinaria, y de las infamias de la Política vulgar • inmoralizadora, la brillante novela, desnuda e inmortal. Don Juan Tenorio, por ejemplo es un oportuno maravilloso, sin tener ni siquiera el cerebro deforme en lo que concierne a la inteligencia: completamente al revés, tan sólo salvando su corazón, donde, como reptiles, anidan sus enormes sentimientos de perversidad infima y rematida. Don Juan, como tal, siempre llega a tiempo, siempre logra lo que quiere. Para él, los brazos de la satisfacción nunca estan cerrados. Todo le abren las mujeres—que es su escogida y única dirección: ellas lo hacen todo....Jamás estuvo afuera Don Juan. Y ahora, buscad al contrario. ¿Don Quijote? Sí. He aquí la contradicción, el gran absurdo. Don Quijote es el más alto maestro de esa viciosa ciencia de la inoportunidad: los verros no le sou del todo desconocidos, ni las contradicciones, ni los desencantos. Inoportuno hasta en el hallazgo de su señora, inoportuno en sus andanzas, la mayoría de las veces. A Alouso Quijano, presunto defensor de viudas y dondellas agraviadas, más le hubiera valido nacer cuando vino al mundo Tenorio: este gran bribón habría entonces, con su muerte, economizado unas

mil deshenras, por lo menos. Mas la oposición parece siempre inevitable. Hasta inoportuno en su nacimiento! Y no podía sor de otro modo, puesto que señor ilustre. Porque todo varón egregio-parece fatalidad-precisamente ha de nacer con ese incurable defecto de la equivocación. Y de esto he aquí una primaria prueba: casi nunca aciertan el lugar de su patria. Así, por error fatal, por equivocación irremediable, sucede que un genio no se asoma en el mundo sino va huero: llegó atrasado, al glorioso minuto de cita, quizás con más de media decena de siglos....Su venida fué una venida impertinente, a destiempo. La «su época» le sonrió, con sarcasmo; y, él, por extemporáneo, por raro sufrió la pena de sus delitos, innombrados, en la cruz del odio. Bolívar, crevéndose en locura, se ha llamado a sí mismo Don Quijote. Quizás, Porque nadie más loco que un cuerdo entre los locos, que diría un niño. Y a mí, paréceme crueldad de la Providencia esta su determinación—poner hombres provechosos donde y cuando no son necesarios. Los hay en tierras que más valieran ignoradas y sin gente, en países de hervores y desesperadas revueltas—[sabroso chocolato de idiotas y de bandidos]—; donde los desface dores de agravios no hacen sino cocerse a fuego lento, para contento y alivio de sus verdugos. Y entre estos, así, el hombre homado, el justicioro el idealista, al fin, no es más que un simple o trastornado de los senos: tal la inoportuna humanidad de Don Quijate...iOh, los eternor incomprendidos! Bus o el caballero desvatidos, y con lo que se encuentra es con gente malagradecida y el caballero desvalidos, y con orque re concentrar a con gene managraderia y ruín, que le paga sus bucara palabras, su configuración, con sendos palos. El propio es un nobre desvalido sujeto a la bonda agritativa del importuno de los refranes—Sancho....

[Habéis observado la antitesis moral entre estes dos grandos personajes!

Pues así la de todos. Mirad. Los oportunos traen, como ya he dicho, creo, don especial del cielo. Los inoportunos son los fracasados inevitables. No es el talento quien enseña, recuerdo, la maravillosa ciencia de la oportunidad. Eso, en tales casos, no es más que un requisito secundario; quizás en algunas ocasjones una débil ayuda....Pero, entretanto ,nada Sea un imbécil, sea un inteligente el que nació con el don de oportuno, jamás desmentirá su pristina condición con un fracaso así como quiera. Es necesario que su destino se ponga al revés: Lo cual, dada la naturaleza de los terrenales destinos, no parece difícil. Pero es que hay sinos terribles que se complacen en ser eternos, por obra de un maligno «no sé quien»: no es más....

Recordáis?. . Junto a vosotros, o junto a un compañero cualquiera, así en la escuela como en el colegio, vimos siempre un condiscípulo nuestro que se distinguía por ser el distinguido del profesor. Era el aportuna. Mientras vosotros hablábais, preguntábais o refais, él estaba serio y callado, formando un contraste perverso. Cuando el profesor refa él echaba las más resonantes risas; si se retozaba, con carcajadas aplandía las del pedagogo franco. Al fin del año escolar, casi nunca tuvo malos certificados; y, sin embargo, jamás poseyó memoria para aprenderse una triste fábula o ruín figura relórica conveniente. Los perdidos resultábais vosotros, retresados: ni vuestres madrugadas, ni vuestras puntualidades os sirvieron honradamente: todos vuestros buenos actos fueron inoportunos: cuando los practicásteis, el profesor estaba de mal bumor o no os vefa, el cielo estaba brumoso, empapada la tierra de lluvia...Y años más tarde, ese mismo-quizás uno de relo rubio y verdes ojos como un principe del Rhin; con cuerpo de ninfa y alma de caballo, no importal-se puso señor de las más altas jerarquías humanas, ya en forma de poderoso gobernante, ya de hábil político, siguiendo, siempre, una carrera triunfal de semidiós. Vosotros, los inoportunos, sólo, aunque acaso con mucho talento, vais todavía por el mundo como si unos majaderos a quience, porfiadamente, negara natura la felicidad, de adrede por ojeriza ...

IAh, si fuera fácil ser operano! Pero, desgraciamente elemente.

amigos que trabajosamente vamos recogiendo en la ruta, de súbito, sin explicarnos por qué, se nos escurren de las manos, como si peces... Y esos que apenas nos «conocen», como ellos dicen, talvez hacen bien al mirarnos con indiferencia, y aún más, con insultante ind ferencia, así un mundo de dolor estuviese gravitando sobre nuestras almas, y reclamando consolación piadesa de los demás.... Nuestro amor propio ofendido, nuestro talento ultrajado, nuestra dignidad denigrada...iHombres necesarios para nuestra dicha, ¿por qué nos despreciáis?... Nunca hemos de estar de acuerdo con alguien; jamás le hemos de aplaudir ni halager. Y he aquí, precisamente, la includible, la infaltable mano de lo fatal. (Y si aplaudimos y halagamos alguna vez, claro que lo haremos a deshora!) Nuestras virtudes o sobresalientes facultades, son como los guijarros del camino o del río: por falta de paciencia o por imposibilidad relativa, nadie las recoge. Antes parecen los críticos, al llegar a nosotros, algo como peseídos de miedo, o de vergüenza.... Las liviandades, sí, como que livianas mismo, presentaseles luminosas: son cual corchos flotantes en la superficie de un chiquito mar . . . siempre insumergibles y reveladores, siempre espontáneos y visibles, sin necesidad del buzo arduo e investigador. Somos (que así exige la modestia que nos expresemos), unos entes con vida propia, pero a los que falta la materialidad, la intuición representativa de esa vida el impulso. Los oportunos viven con la mitad de todo su carácter: son positivos...y también superiores. Y nosotros no poseemos ni siquiera esa dichosa mitad. Somos tímidos, somos unos pedantes: parece que no queremos buscarla, aprovecharla.... Y por timidez, por escepticismo y--tántas ocasiones, ay!-por excesiva modestia, preferiremos ser unos simples. Consideramos como una futeza lo más necesario; como una indisculpable necedad, o algo más, a nello tan suyo de los oportunos, tan importante, llamado «descaro» o «sinvergüencería»i Pues, por qué no somos por lo menos sinvergüenzas? ... l'Pobres de nosotros!

"El que no Liene nada de Don Quijote, no mereco el

Pero los oportunos observados, débilmente, por mí, es verdad que no icopresentan a la clase entera. El representarla—y con exactitud y limpieza como conviene—creo, más bien habría sido mny digna labor de una pluma excelente y famosa, tan famosa y excelente cual la de un La Bruyére, quizás. Parece que hay hombres designados especialmente para tan ingeniosa como difficil profesión, que es la de "representar personas". Para los importunos, un Teofrasto; para los ca-

laveras, un Larra: lqué ojos, qué pinturas los suyos!

Esos "oportunos" que yo me atrevo a flamarlos "míos", bien pudieron ser formados por los antecedentes y por el medio en que tuvieron la fortuna de nacer; mas, los restantes, que son numerosos, todo lo deben a los recretes designios de la Naturaleza. Y el investigarlos, juzgo excesivo para mis pocos alcances. Esa inteligente madre de las cosas dijo: Vo crearé, o pondré un hombre con más alma que los demás hombres en este lugar. Ellos le hourarán, y le harán hourar sus huesos, cuando muera, por los hijos y por los nictos del porvenir; Y, por esto y para que mi designio sea eumplido a entera satisfacción mía y de los demás hombres, mi genio, mi creación predilecta será puesta, digo, especialmente en este pueblo, donde se le respetará y comprenderá, tarde o muy temprano, no importa; pero que se le camprendera,"..... Así dijo, en verdad, y el muy dichoso mortal fué suelto de las manos de la Omnipotente Madre, sobre los míseros de la tierra, que le recibieron pasmados, con el cuerpo hecho un péndulo de reverencias y el alma retorciendose de envidia.... A esta raza de felices pertenecen los fáciles triunfadores que tuvieron la gloria de tener a dos o tres generaciones sucesivas con la boca abierta y los ojos fijos en sus resplandecientes persones. Estes no encontraren enci numa eletárulas para ser fam cas. Al conocer el mundo, al nacer mismo, él ya los estaba esperando henchido de admiración. Eran los oportunos maravillosos. No son necesarios ejemplos: se los sabe a porrillo en todas partes. Pero si es verdad que existen en el mundo sujetos con tan envidiable don, sin ser "designados" así, créase en la simple Casualidad, que puso sus manos donde no le convenía poner las suyas a Madre Natura; nada más. Nosotros, a estos hemos visto ya, porque, por nuestra parte, consideramos que sí existían. A los demás, sí, encomiendo digo, a una pluma más experimentada en tales cosas, y más elocuente que la pobre mía—que si la habrá. Y entre tanto, observemos a los contrarios, a los antipodas: los inoportunos.

Es cierto que inoportunos pueden haber por distintas causas. Sea por falta de preparación en la vida, o sea por carencia de ciertas prendas indispensables, aunque no de todas. Estos tales deben, pues, su mala índole, a la clase de educación que han tenido, al medio ambiente en que han sido criados, y, quizás también, a una particular herencia de carácter. Estos no reconocen una culpa superior, no inmediata. Son los eternos desventurados a sabiendas y, muchas veces, los perpetuos majaderos por dirección voluntaria. tienen justificación sino dentro de un limitado círculo de meras circunstancias. Los otros—los inoportunos por naturaleza—, esos sí. Obras de una determinación desconocida, pero cruelmente tiránica y que el vulgo, con todo el peso de su autoridad de ilustrado borrico, ha dado en llamar "destino". Este destino viene de las entrañas de lo misterioso-la nada-que así nombramos lo que nos es incomprensible. Este «destino» es la resolución inmisericordiosa de un inmenso genio maligno que se empeña, desde hace incontables y luengos siglos, en desequilibrar el Universo. Quizás de Siva, o Soudra- el padre de los desvalidos, quizás de Arhiman, o quizás del Diablo: depende de la fuerza más e menos vigorosa de vuestras fantasías. Pero, creámoslo, no es una ley, aquélla, q' tiene su fundamento en la tierra. Siempre que procuremos buscar la causa de nuestros fracasos, sólo encontraremos la razón de una oportunidad contratit. Siempre.... En este caso, la gente, a veces, no reconoce más filosofía que la de la paciencia, de la tranquila resignación de los héroes. « Que la suerte nos zarandee como quiera—dicen—; pero nunca le confes remos el mal > . Mas nosotros los que no somos pacientes como el Caballero de la Triste Figura, nó: protestamos y rabiamos elevamos, miserables, los puños a lo infinito a lo infinito real, positivo. Viene entonces el despecho, y, como consecuencia, el abatimiento total de nuestra personalidad dinámica. El esfuerzo late secretamente en el espíritu, sí; aunque en una forma diversa: deseo de aniquilar las cosas circundantes, ansiedades incurables por volver a la nada; que, de todos modos, el mundo nos ha resultado un contraste. Dejamos de sonar con las amables conquistas que entreviéramos allá, en el país del rubio sol y del cielo claro, - el mundo sincero y hermoso de la Inexperiencia para descender, dignamente, a nuestro propio juicio, que, después de todo, no es más que una cosa invertida-tdevoradora melancolfa de solitario! ¿ Por qué ? Amigos, porque nos falta la imaginación. La imaginación es la inagotable fuente de cordura de Don Quijote. Por eso vive. Y si no, recordad. El caballero nunca se amosca, como no sea pasajeramente, por un fracaso de los que a él le suelen ocurrir a ra nudo; pronto lo olvida. Con la fantasía de su próxima, terrible venganza y de sus conquistas, pasadas y por venir, de su hermosa Dulcinea y de sus glorias, se cura de cada dolor, de cada desengaño, o ruín palizu que por allí le prodigan unos malandrines. Así, Don Quijote ha venido a ser prototipo de resignados; pero también de prudentes dichosos, resultando un varón cuasi-envidiable. Inoportuno en la realidad; pero él afirma la oportunidad de sus aventuras. Juan Montalvo aplaude este proceder del idealista manche go. «Don raro y excelente— dice por su propia cuenta— el de hallar un lance caballeresco en toda circunstancia, un enemigo a quien vencer en cualquier viandante, una princesa enamorada en cada hija de ventero, e ir por todas partes ejerciendo la noble profesión de poner las cosas, en su panto..... (Capitulos, V).

Ilronía desconsoladoral Pero hay que convenir — dicen ahora los que loca a Cervantes di Don Quijote fué un defectuoso en sus maneras de penegr, no lo fué en su conciencia, donde, como diamante puro, está siempre flyurando, sin mancha alguna, su alta ética de caballero bien intencionado. (Vulgaridad, vulgaridad, y enorme motivo de protesta para modernistas flamantes y majaderos y oscuros que cren ver en el asunto del Quijote una fuente ya seca para el comentariol....) El don raro que la hace ver cosas que en realidad no son, se debe a su oportunidad interior y a la falsedad positiva del mundo externo. El pobre Don Alfonso cree en la igualdad humana; como Cristo: y quisiera, no sacrificarse, sino sacrificar al inbécil o follón, según él llama, que tal igualdad se atreviese a negar. Porque la mejor justicia que en el mundo se debe desear, es que no hayse picaros ni desdichados— para su buen concepto. Desgraciadamente, casi en todas sus andanzas, con lo único que se encuentra; es con los primeros los picaros. Gente a quien favorecer, raras veces. Don Quijote murió sin haber mandado al infierno un solo bellaco. Pero en el inmortal libro de su aporreada vida, como atropellándose constan les barbaridades, para con él propio, de los hombres, con quienes ha ido topando en el sendero. Ama a la humanidad; y cuando ésta no le comprende, por lo pronto, seguro está de que, un día, ella le agradecerá sus beneficios, sus nobles «hazañas», en la forma conveniente que él mismo se forja— el aplauso inmortal y las simpatías de las generaciones últimas..... Sólo a la muerte de sus caras imaginaciones, cuando ya el segulero se abre Para recibirle, se convence de la fatalidad de su destino en el mundo: no ha servido para nada: en un pronto la duda terrible destruye sus propios «fechos» con una implacable saña. Según Ortega y Gasset, quizás es la «melancolía» que le causa la nulidad de sus «hazañas» - descubrimiento de Hermann Cohen, también según Gasset lo que le mata, al fin, al valeroso manchego..... Pero, para mi infantil curiosidad, surge ahora una cuestión. ¿Fué Don Quijote tan valiente que, en toda su vida, no haya derramado una sola, triste lágrima?..... Cervantes calla a este respecto, si yo mai no recuerdo. Lo mismo hace Montalvo. Y es que el noble bidalgo, si bien observaba en el género humano una cosa bastante mejorable, jamás lo juzgó colectivataente, quiero decir, en su vida de rebaño. Siempre se dirigió únicamente a la «individualidad». Pudiera decir se que, en su siglo, no tuvo más tiempo que para proseguir malandri. nes, y no para a onsejarlas a los hombres como deben vivir en conjunto. Más bien: no tuvo tiempo para ser tierno para con la humanidad. Cuando no hay ternura, no hay lágrimas en un alma heróica. Pero yo, ingenuamento me he supuesto que Don Quijote si lloró alguna vez: aunque fué más bien su alma, recorriendo dolorida por las fecundas tierras americanas, mirando lo presate y pensando en lo porvenir. He aquí «el apunte intimo» de esa visión inmortal, para mí, en una noche ya lejana,

Apuntas intimos .-- Junio 6 de 1915 --

Sofié ana vez con cierto extraño caballero, cuyo nombre, aún al cabo da doce revueltas horas, apenas si se ha borrado de mi memoria. Seguido de un robusto Sancho--el gran padre de la yanqui filosofía en épocas posteriores, finas aquel anónimo manchego camino de no sé qué trigos de América; como un raro construste con la alegre miñana, pues un tento se hermanaban lo pálido y lo triste en su persona. Ve dad que no llevaba cota de mulla ni lanza (el siglo le había quitado); pero, con su largo y descarnado enerpo, cabalgaba en ficcinrate. Profundamente abstraído en sus pensamientos, no lubiera podido decir que se percató de la observación de su inseparable amigo:

Habían coronado una colina: el mundo en su nacimiento se veía desde alif: la mañana espléndida y regocijada. El sol alzábase como una hostia sober-

bia de alogría, rodeado por un cándido conjunto de nubes transparentes y escasas; el ancho ciclo, diáfano y azul, sombreado apenas en sus bordes por tinte vapor so, parecia descansar sobre las verdes y preciosamente ilumidas cumbres de unas grandes montañas. La tierra toda adormecíase en un ensueño de poesía bajo un silencio divinamente beatífico: ni pájaros, ni céfiros, ni arroyos: silo tácita somisa en lo creado...

amor pardiéndose en la soledad infinita...

Paróse ese Den Quijote—que sin duda lo era el mismo historiado por el gran Don Miguel de Cervantes; sólo que con facha diversa—un buen rato a contemplar aquella primaveral «égloga de Virgilio», y un muy hondo estremecimiento de amer—de ese medio triste amor de que natura estaba palpitante—conmovió su peche. Miró la aldat, de cuyas casas, como de grietas volcánicas esparcidas aquí y allá, se escapaba por sus aleros el humillo de las recién encendidas fogatas, y balbuceó:

—Sancho amigo, paréceme haber dado la vuelta al mundo, y encontrado nueramente en los individables campos de Montiel. Este mismo sol, clare y hermoso, brillaba en este mismo cielo, diáfano y anchísimo....Sólo un lamentable cambio siento operado en mi espíritu, no sé por qué causa: los pensamientos que me sugiere este sitio desconocido, no se parecen casi en nada a

los de aquellos tiempos....

El amigo Panza picó a su asno y se puso a la derecha de su amo, dando un bostezo y sin objetar, mientras Don Quijote miraba la lejanía, con un apasionamiento de somuánbula criatura. Mas, un doble apagado de campanas roncas llegó hasta ellos; un repentino clamor de tambores rompió el aire a sus espaldas:—eran unos indios danzantes. Entonces, contrariado el caballero,

expresó:

-- No sé lo que pasa con estos desgraciados países que hace cien o más años voy recorriendo. Sancho amigo: ¿miras esa torre cenicienta en medio de ese pueblecillo desharrapado Ella, en edad mejor que la de ahora, te hubiera hecho svocar la dulce memoria de aquellos santos varones que en la Tebaida fueran. Hoy, la misma no puede parecerte más que como un pobre símbolo de desventura. Donde hay une torre hay una Iglesia, no castillos de nobles y hospitalacios señores como autos, ni mucho menos de monjes piadosos como ya te he dicho; y donde una iglesia, un convento arrimado, y tú sabes muy bien lo que hay en esas casas de comercio ruinmeute espiritual. El pueblo fanatizado tiene un dios en el cura, el cual ofrece el ciolo a cambio de sus impuestos, El siglo XX, continuación de aquel otro inmenso en que se declararon los soberanos derechos del hombre, libérrimo por naturaleza, hasta ahora nada ha podido hacer contra tan indigna dominación. Ni en las ciudades, hijo querido, se despierta del terrible hipnotismo religioso. El fraile impera, el pueblo obedece, y, lo peor de todo, obedece hasta la categoría del verdugo: el pueblo odia. el pueblo imbécil muta, por el mero hecho de ser imbécil hasta la ceguera IEI sicricalismo ha infundido su imbecilidad en el pueblo, con el aliento letal de su seno preñado de demonios!... i No oyes esos tremendos alaridos de devoción con que los infelices van a halagar los ofdos del párroco vecino?.... lPueblo demente, pueblo envilecido, pueblo ignarol: tú eres más grande que mil dioses de la tierra; a tí sólo te debes respetar y admirar después de tu Creador: ama a Jesús, su encarnación, y, sin aborrecerlos, desprecia a sus enemigos. Pueblo demento envilecido, pueblo ign ro, vuelve a tu grandeza; sé noble, sé levantado; sé fuerte como una cíclope; conquista mejores mundos que el mentido por vuestros sombríos tiranos de casulla: du rmes en el mismo sopor declarado en sublimes palabras por Lamennais Pueblo amigo, despierts!

Calló emocionado Don Quijote—que sin duda era, digo, el mismo histo-

riado por el divino Cervantes; sólo que con facha diversa; y mientras pasabar diez o más de esas muy católicas y desventuradas humanidades duzantes a la luz riente del sol, el caballero, en uno como poderoso rapto de humano sentimentalismo, con las manos puestas en la cara, lloró como un amargado niño, acaso por la vez primera de su vida. Sancho, aún idiota, pero hondamente compadecido, la veía....

El Amor, la humanidad y la gloria

Los problemas más sobregalientes—suponiendo que hayan otros en tan celebre vida,—son, sin duda, los tres a la cabeza de estas líncas entunerados. Por el amor sufre el caballero a solas sus desencantos; por el amor sufra y es espiritual y es honesto; por el amor palpita enternecido su corazón, llegando, muchas veces, a sentirse uno como lírico extramadamente doloroso; así cuando sa queja de los desdenes de su señora, y as percata de la eterna herida de sa alma, que es nostalgia incunable por el imaginario bien ausente. Amor purísimo como nunca se ha creado en humano sér; amor ideal de sombra; amor vasto e insondable como una eternidad, se alberga dentro de ese flaco pecho. Amor de cuerpo impotente, nos atreveríamos a

decir, pero también con alma disciplinada, el Don Quijote,

Mas, respecto a sus simpatías por la humanidad, no podemo: fi mar nada, o más bion, casi nada; los sucesos van desfilando por el camino de su vida como preparados por un ser fatal: como ya hemos diebo. Don Quijote no tavo tiempo para fijarse mejor en los hombres, como rebaños. Empl. jado por las simples circunstancias, aprende a ver y perseguir sólo malandrines. Así, él no llegó a ambicionar más que la destrucción de ellos, por medio de su propio brazo, de varón providencial. Quiso ser glorioso castigando; nada más que castigando; haciendo «hazeñas». Des u's, ól no se fija en su modo de ser humanitario; sólo desea el destierro del mal; lo cual es la mismo que anhelar el aniquilamiento de toda la raza de Adán. El bien en si, el altruista perfeccionamiento del bien, no es idea suya. En esta parte. Den Quijoto y Jesucristo difieren enormemente. Jesucristo es un apostol para gente ya educada, ya buena, 3a mansa. Cuando los perversoa le agarran, conviértese en un sepulcro de doctrinas: se pensaría qua es un hombre incapaz para lidiar con necies. Muero resignadamente, sin una protesta en los labios-que no es protesta ese como ruego piadeso al l'adre Eterno. Den Quijote, nó; en la plenitud de sus andanzas, habría preferido dejar en cualquier parte a la multitud baraposa y embobalicada, y arremeter contra los mercenarios del mismo Herodes, a dejarse siguiera coger de los brazos. Habría muerto hecho trizas, sí, pero siempre con la lanza próxima, y el ímpetu en el alma, aun ya desligada ésta del cuerpo y votando hacia el Empíreo.

Refiriendonos a la gloria, es otra cosa. Ella, en Don Quijote, corresponde a un estado psicológico especial, no sólo de caballeros andantes sino de raza. Aquí, para salvar la crítica, vuelvo a citar a José Ortega y Gasset, ya ilustre escritor español, que ha observado, en la gran obra castellana, mucho más todavía que el egregio Juan Montalvo. Efectivamente: no todo es, en Don Quijote, paralelo. Errores y virtudes tienen en el un chieto casi distinto. La gloria que ansía Don Alonso, la quiere a trucque de rus aventuras, claro. Estas aventuras son, realmente, un conjunto de "Icchos", o scan chazañasa, de más o menos trascendencia, no importa; pero que, al fin, son hazañasa gloriosas. Las teles no tiene un fin en sí misma, como ya e eo haber manifestade; sino en la consecución de su calidad: siendo brillantes den ranonb e al que las hizo, y éste, con renombre, no es fácil que se que de sin vi ite siglos de admiradores. Esta es, según parce, la intención del héroa

de Cervantes. ¿Pero qué cosa es la hazaña? Una consequencia de coraje. «Y he aquí la genuina potencia española dice el expresado señor Gasset.— Sobre el fondo anchisimo de la historia universal fulmos los españoles un ademán de coraje. Esta es toda nuestra grande a esta es toda nuestra miseria».

«Es el esfuerzo aislado y no regido por la idea-continúa-, un bravío poder de impulsión, un ansia ciega que da sus recias embestidas sin dirección y sin descanso. Por sí mismo carece de finalidad: el fin es siempre un producto de la inteligencia, la función calculadora, ordenadora. De aquí que para el hombre esforzado no tenga interés la acción. La acción es un movimiento que se dirige a un fin y vale o que al fin valga. Mas para el esforzado el valor de los actos no se mide por su fin, por su utilidad, sino por su pura dificultad, por la cantidad de caraje que consuman. No le interesa al esforzado la acción, sólo le interesa la «hazaña.»--Y en otro párrafo agrega: «Cervantes compuso en au Quijote la crítica del esfuerzo puro»...: Mas, esta confesión dolorosa, no nos anime para pensar de igual manera respecto a la raza. Podrían haber sido los españoles algunas veces mero: «ademanes de coraje»; pero no «siempre». Habo, si, coraje positivo, y merced a él hay un Nuevo Mundo. Que la finalidad les haya sido desconoci la debiéndose ella tan sólo a la casualidad, puede ser. Pero es que las casualidades no nacen de la nada. Estas causas no comunes de la existencia de nosotros, de América toda, son el «ímpetu» raro en movimiento de los españoles, la energía, el tezón dinámico de la acción española.

-Don Quijoto....

Un enamorado

Parece clara nuestra intención a través de este humilde escrito. Al héroe de Cervantes no, se le ha tomado sino ocasionalmente, como un prototipo genial de inoportunos ideales, frente a otro, pero de oportunos positivos, -Don Juan Tenario el triste genio inacomparable, universalmente consegrado en las leyendas del amor. Ahora queremos referiruos-aunque lo más ligera mente posible—a una individualidad un tanto quijotesca, ya citada en alguno de los párrafos anteriores, y que se llama gloriosamente: Juan Mantalvo. Más bien será un recuerdo, que un estudio, para completar este pequeño terceto de caracteres-los Oportunos, Don Quijote, y por último, digo Juan Montalvo: -a este como un enamorado que fue del gran manchego, así en cuerpo como en espíritu, y como un inoportuno que es hasta en lo pre-

Un enamorado.... Nuestro Don Juan no es nada extraño ni a las locuacidades del demente filósofo. No sólo admira la obra de Cervantes, sino que la tiene en un concepto de cuasi fanático. Los personajes de aquélla le parecen, por no só que misterioso afinamiento de ideas y de quercres, un exacto modelo de humanidades dichosas. Don Quijote, por su estoico espíritu de resignación y por su preciosa facultad de la fantasía, insuperable en él. desde luego; y Sancho, por su positivismo franco y por su inconsciente deshonestidad y sandez, que le permiten, así, aparecer, casi siempre, uno como necio

facilmente perdonable, y hasta necesario.

El optimismo es ingenuo. «El buen semblante que ponemos a los sucesos de la vida-filosofa Montalvo por boca de Don Alonso-parece modificarlos en favor de los ánimos serenos, a quienes el pasado no affije; no desconcierta el presente ni pone cavilosos el porvenir»... Y esta hermosa predisposición de alma que tuvo el hóroe cervantesco, la poseyó también nuestro sabio Montalvo, en todas sus caballerescas correrías por los superiores mundos del ideal. Su vida, o más bien, gran parte de su vida, va como siguiendo-la estamos observando en la historia-la misma rata que Cervantes trazara a su loco iumortal. Claro que hay irregularidades, relativamente, pero ellas son de todas las cosas: consecuencias inevitables del medio y del siglo en que se vive.... Mas, es innegable que Don Juan parece întimo her; mano de Quijote: inoportuno—de los inoportunos por ley de natura; pues que no fué su culpa el haber nacido en un país donde hasta después de muerco no se comprendiera ni respetara su buena se, sino en el mero manejo del estilo;—idealista fervoroso; justiciero y alto moralista; amante soberbio e inplaceble enemigo de verdugos y bandidos...

Y he aquí a Montalvo: para amar bien a Don Quijote, necesitó serlo. Montalvo, en vida, apenas si poseyó cuatro admiradores en su tierra. que fue on cuatro pelagatos. Para los infimos tuvo siempre un gesto: el Se resignó, con toda la fuerza de su precioso espíritu, a ser una anomalía entre sus concludadanos; no se quejó de la fatalidad que llevaron siempre consigo sus bellas «extr vagancias». Se rieron de él, se burla on como conviene burlarse en tan bellos países: espíritu dimente, sutilimente; p'ies q' alguna vez la ignorancia si fué espiritual y sutil; mas Montalvo permineció i ipasible: al contrario, creyó deber suyo elucar y hasta magnificar a esa canalla anónima de los insultos y de las burlas. Ahora, después de treinta años de muerto él, se discurre en América si fué o no filósofo. respeta ni su vida austera. En la República del Ecuador es peor todavía, exceptuando a tres o cuatro sinceros admiradores. Alguna vez, apenas si la fuerza de la fama se impone transitoriamente para una cita ruín. Al recordar de Geometria Moral, cierto mogigato cursi la cree un «cuaderno» vergonzante, que, al vivir su autor, no lo habría publicado así le empalasen. Y saca a la danza la discutidísima—en ese tiempo de castas monjitas y frailucos puercos, que diría Baroja, y de obispos sinvergüenzas y muy canallas—la «Carta de un Padre Joyen», de El Cosmopolita, para expresar que ella es una ridiculez: «fofa literatura romántica» la llama con un aplomo soberbio. Se escandaliza de ciertos actos íntimos de Montalvo; icomo si cumplir con las leves de la naturaleza, aun a despecho de la gazmoñería social, fuera tan inmoral como ser frailes, sac supongo, quienes, por injustificable rebeldia, prefirieron ser eunucos!.

Y es que, para tal majagranzas, el elogio del amor es un imposible, cuando se lo hace en la forma que en la susodicha Geometria y en la Carta. IVerdad que, a fuer de clásico, se puede ser hasta hipócrita! Las Confesiones de Roussau para ese sabio honestísimo pue en parecer un castigo. Las intimas revelaciones de Amiel, demasiado egoistas, aun con sus parábolas de altruista amor. ICriterios!...

Y el Ecuador no lee las obras de Montalvo: porque el Ecuador sólo

lee majaderías. ¡Si las pastorales de los obispos no cuestan nada!

Y he aquí cómo en un pueblo—«último reducto de la ignorancia y el fanatismo—se muestran dos irreprochables valores, en su inás brillante grandza: analfabetismo desesperante y aversión antipatriótica. Valores que sen, aquí, de esa rieja infamia, cavernaria infamia elevada por hombres modernos a la catego fa de necesidad psíquica y necesidad social—ila infamia religiosa!

El Ecuador porque Ecuador dicen per un grupo de grafomanos estúpidos—no aprecia las brillantes virtudes de un su compatriota ilustre—que su

austeridad y su silencio, a eso le han llevado.

La austeridad y el silencio....!Sí eso no es cosa de comprender sino

para los Carlylel....

Pero eso es así. En pueblos mediocres, en vorded, un gran le hombre no aparece impunemente: cuando no se le mitta se le midiace. ¡Suerte de Montalvo! El combatien lo por la libertad de sus conciudadanos, y étos, desprociándole, él elevándolos, y ellos, bajándole; él perdonándolos y, ellos midicióndole. Porque la contradicción es eternar. Y cuando hay espíritus rebeldes sobre ellos hay invencibles poderíos, como cuando mansos, altivos: para unos la horea, para otros el furor. Alguien hace de Italia glóriosísíma cuma del genio;

la Italia contemporánea hace de aquél un ridículo farsante. Otro da a España una envidiable palma de oro: España, en cambio, le da un azote-la ingratitud. ¡Siempre, siempre fue así: mas el ejemplo de ese siempre desconsolador, Montalvo lo siguió sin abatirse. Pues la gloria que oculta, que roba el presente, la posteridad devuelve más tersa, más purificada.

La edad, el amor a la gloria, el talento sin estímulo, y otras circunstancias, al parecer pequeñas, obligan a algunos hombres, en muchos trances de la vida, a representar papeles para los que no habrían nacido, cierto, ni pagados. En esta ficción dolorosa, quienes van por el adulo; y, cuando no así, la despreciable urbanidad medrosa y suplicante hace de má-cara.... Es lo que hace la contradicción inevitable! Y he aquí que, esta triste imposición ordenanadora de nuestras cosas, viene a ser algo como un estimulador obstáculo, en las luchas del hombre por su extistencia. Es una multiplicadora de esfuerzo, al mismo tiempo que un poderoso imán, puesto en el corazón de los objetos circundantes: hacia él van las almas en arrebatada violencia, y, de ese choque formidable y misterioso, brota cual chispa léctrica la acción..., la acción, que no es sino el ideal magnífico pue to en la vía de las compensaciones..... Es madre de immoratidades muchas veces; pero es que las inmoratidades también muchas veces no parecen más que armas de ensañamiento, interpuestas, injustamente, entre la acción y la felicidad....èY de otro mudo, cómo se podría creer que la sinvergüencería fuera, para ciertas gentes, un don del cielo, sin el cual ellas se considerarían imposibilitadas, anuladas y como víctimas, siempre, de una sinrazón fatal?

Pero ésto, felizmente, con respecto a eses hombres. Hay, en cambio, otros, a quienes, quizás con bastante propiedad, podríase Hamarlos antípodas. Su sino no es mejor, eso sí: la mala suerte los eligió para compañeros suyos desde la cuna mismo: los reveses los están zarandeando a diario. Sólo que ellos no sigueu la corriento de éstos; y se mantienen firmes, con una obsti; nación a veces estúpida. El mundo los aisla, sus hermanos los insultan; Natura propia parece oponeyse: mas ellos no echan lágrimas ni se arrodillan. Gozan de la gloria que se han dado a sí, por suprema voluntad autónoma y,

de tal mauera, del mando no necesitan...

-iAlma, si no has nacido para la tierra, dignifica por lo menos el cuerpo en que vives! Cuando el mundo te insulte, no le digas nada: recógete sobre

ti misma, o plega las alas y vuela hacia el Empíreo!

No soy un estoico. Pero a quien yo oyera lanzar esta exclamación, le adoraría. Le adoraría como adoro en memoria a los hombres que de tal temple han existido en los tiempos. ¿No os parece, pues, así, un tipo del hombre moral?....

Las rivalidades políticas, y simplemente particulares, se volvieron contra Montalvo, en las personas de sus propios correligionarios y discípulos. En vida, decimos, no tuvo tiempo para ser comprendido, ni por los mismos que se inclinaban a sus doctrina, s de liberal culto y bien intencionado. Todo lo trustornó, lo ofuscó, lo perdió la santa ojeriz. Y a sí ha seguido siendo, quién la creyera!, hasta después. Los papistas antes que los liberales .-- i Que los papistas triunfen, me alegro mucho; que los papistas se entronicen, es magnifico; que los papistas nos ultrajen, seré indiferente!....Sólo el hombre libre, el hombre inteligente que defiende la razón, el sabio enemigo del fanatismo mercee el anatema. Para él, menosprecio; para él, protesta; para él, insulto; para él, olvido...Y qué! Tiene mérito alguno en estos libérrimos países un liberal, mientras un papista no le conceda?....Realmente, se diría, la gloria de Montalvo más parece hecha por ultramontanos que por liberales. iEl partido político!

Hace poco tiempo leí, en una revista quiteña, cierta especie de parangén, entre Montalvo y un tal Espinosa—un escritor de periódicos llamado Espinosa—; y en el que, de la manera más estúpida se los confundía. Verdad que el tal satírico Espinosa había sido gran ayunador y acérrimo defensor de los elérigos; pero no un escritor capaz de salir de la vulgaridad, ni después de cien años de vida, como ha resultado.

El Cosmopolita huyó cien veces fuera de su patria, y cien veces fué vilipendiado por los sinvergüenzas a quienes combatía. Mas, por entonces, no había, como ahora, gentes humanitarias que reclamasen amnistía general para enemigos del gobierno imperante; y mucho menos, legisladores de sensibilidad tan exquisita que antes se horrorizaran de la triste suerte de doscientos bandidos recorriendo infatigables tras un ejército entero, que de éste

mismo.... (1)

Parece que en otros pueblos, para ser grande, es indispensable ser ministro o presidente. El mero intelectual allí está en peligro de ser un malva le Cuántas veces en alguno de ellos, un gran filósofo no fué un gran bandido, o un degenerade, o un sinvergüenza?... Oíd los reproches de un mosquito: «Montalvo no sué propiamente un hombre de acción en la revuelta política de los orígenes y comienzos de nuestra nacionalidad, ni un caudillo ni un pastor de multitudes; Montalvo no fué un filósofo innovador, sino un brillante retórico de ideas mal definidas y de un liberalismo que ya resulta contradictorio, ineficaz y tímido: Su influcencia en el progreso de su patria fué (gran decir) completamente nula por el carácter mismo de su obra (pura retórica); y fué como ensayista y moralista un sujeto siempre a la zaga de alguien sobre la grupa de verdades generales y vulgarizadas; Montalyo en verdad no fué un apóstol ni un propagandista...; como crítico es un débil idealista que adora aquella insípida novela de Goldshmitd titulada «El Vicario de Wackefield: no ha determinado ningún rumbo a nuestra literatura (;cuanta importancial: «determinar....rumbo....nuestra»...!), y su misma obra se resiente de factura arcaica y del todo fragmentaria»....—«Gracias si tal cual erudito habrá ojeado con desdén los Siete Tratados, admirándose de la prístina estulticia que los puso sobre los cuernos de la luna»....«Lo que quedará—prosigue el sabio profeta, «primer periodista nacional del Ecuador», según él mismo— es el estilo (icaramba!) ...el amplio desgaire de su frase castiza cuando enseña y cuando injuria....sobre todo cuando injuria...etc. Se express con importan. cia: «Y no me vengáis, señores, con el cuento de que estoy blasfemando, porque, p incipalmente, yo (lese yol) no soy un montalvi ta ni en mis justos, ni en mis lecturas, mucho menos en la incondicional e indecente admiración»....

10h, pobre Montalvo, como os priváis hasta después de muerto de admi-

radores tan egregios! -¡Qué carácter!

El Paisaje

Montalýo y la Naturaleza (2)

En un corto capítulo puesto entre los Siete Tratados. Don Juan, con su muy peculiar y atrevida prosa, consigna unos pocos, pero elocuentes rasgos autobiográficos. Se titula, como otros parecidos, «Comentario». Y, como

⁽¹⁾ Jamás la inmoralidad política como en los demnos que pasamos. Plaza ha sido un blanco hasta para los mayores abundos. Me refuto al triste Congreso de 1915, en donde se discutió la famosa solicitud pro-bandidos que aniquilaban a medio Riféreito, de vastando, al mismo tiempo, a media República...¡Cuánto valon los ideales humanitarios por e-tos países!

(2) Año de 1914. Publicado en El Conercio

todo éste, no se refiero más que a cierta parte de vida, pasada en Baños, bello pueblecito del Ecuador, no he vacilado en anotar, yo también, por mi cuenta, una circunstancia de veras singularísima.

Al oeste de dicho pueblo—una pequeña ciudad medio eval traída de los Alpes a los Andes, poro más pintoresca—hay un manso riachuelo llamado Vadcum, cuyas aguas, tan conocidas por los geógrafos que la república han visitado, son célebres por su abundancia de ricas sales en disolución. Sus crillas fueron de Montalvo. Son muchas; *ciertamente; las maravillas que Naturaleza allí ostenta, para cantivar la atención de las almas contemplativas. Es un paísaje o, más bien, un conjunto de paísajes soberbios y cruelmente vertiginosos: hondos precipicios, rocas negras, «feroces»; montañas que tocan el cielo...

Yo amo mucho a Montalvo, y nunca dejaré de admirar estos sitios extrafos en doude, como Rousseau, él concibió todos sus pensamientos de fuego, sus frases castigadoras y vibrantes. Víctor Hugo, con una proligidad que pasma, describe el campo fatal en que el genio francés dejo de ser dios—Waterlóo..... èY, yo, por qué no la grave Naturaleza—naturaleza trágica y como contorsionada de dolor, casi siempre- que amó el hombre más grande de América durante la mitad del último siglo?...

Así después de pasar el puente del riachuelo, el que viene de Ambato fácilmente puede encontrar un caminito, a su izquierda sombreado en gran parte de retamas y guayabos, que allí crecen en abundancia; luego un sendero tortuoso y húmedo, y, al fin, una especie de sabana vorde y florida. Por alli se dirige a la confluencia del Vadcum con el Pastaza. Ni en el caminito, ni en el sendero ni en la semi-sabana aquella, se hallará una casa. Ni un ruido. Ni una alegría. Se atraviesa algunos matorrales y se llega a un declive....Al sur rompiendo el azul lejano del horizonte, magnifico y excelso el Tunguraliua se corona de inmensas moles de nieblas grises y en medio de uno como trono, formado por dos cadenas paralelas de montañas. pie del espectador es un abismo vertiginoso. El riachuelo, como un bilo tendido flojamente, va por lo profundo de dos barrancos perpendiculares y negros. Por el oriente se ve un montón de rocas, y árboles y sembrios en confuso de sorden; y, al fin, al norte, iracundo y soberbio el gran Pastaza, tronando como cien demonies. Montes de grada cubiortos apenas de brevo capa vegetal marchita; cumbres adustas sin árboles ni surcos, y un cielo despejado y sereno-mar suspendido en el vacío-completan ese paisaje inmenso en que tiemblan las almas....

Es una naturaleza agresiva y violenta. Su imponecia es hostil.

Alguien quiere ver la caída del riachuelo en el Pastaza; desciende un declive de piedra viva, cuélgase de una retama y sondea...No; no es ainguna curiosidad: vértigo desmayo atracción inexorable, irresistible, sí. El Vadeim se desliza como por receptáculos, en escala casi oblicua. Pendiente es ésta que tiene ojos. Esspira [si así puedo expresarme], un magnetismo infernal. Allí están las miradas inseparables, insistentes de cien fakires, [qué digo! de todos los padres de hipnotismo convertidos en peñascos. Cuando se ve por primera vez este precipicio, se piensa en una obra del diablo para su lúguore recinto.

Y, icaso extrañol, es aquí, en este sitio smedrentador, donde gustanb con más frecuencia de paseos el señor Montalvo. Siempre y durante horas larguísmas. Meditabundo... Muchos viejos le han visto así, el libro en las rodillas y la mirada en lo infinito...

Y es que Montalvo amaba en toda ocasión lo imponente y fuerte.

¿Será, pues, verdad que la naturaleza, con sus diversos accidentes, es. para la humanidad, así madre de los temperamentos como de los fenómenos físicos?....

Montalvo y las sombras

Impera el evo de la dulce noche. La blanca luna, lenta y silenciosa. va rodando por el limpio cielo; y, millones de rubias estrellas divinos ojos sempiternamente enfermos de melancolía-palpitan en el profundo azul, con sus luces como lagrimas...Y. bajo ese paisaje soberbio y tranquilo, que más se dijera morada de un dios, creyendo como verdad la poesía eterna del Evangelio, está la tierra, vasta y ruidosa, con sus vientos crepitantes entre las breñas, y sus árboles, que crujen. Suenan las alegrías de un arro-yuelo vocinglero allá, en un vallecito lejano. En derredor reina la soledad; pues hombres y animales autes huyeron de élla... Todo parece armónico y en paz: el silencio, los ruídos, los indescifrables cantos de Natura, todo, todo....Mas, un hombre, un solo hombre, está comtemplando, meditabundo y como recogido en hondo misticismo, esa vaga y misteriosa serenidad de cosas Y es que toda la enorme poesía de la noche, estaba ardiendo en aquel alma solitaria. Cuando la luna había liegado a ocultarse detrás de algún monte del occidente, la amable sombra de la negra diosa le daba amparo. Y, entonces, ese cálido espíritu, con delectación morbosa y profunda, refundíase a esos como sagrados límbos a donde le llevaban sus propias inclinaciones a amar lo poético de las cosas y la filosofía de su existir....

Otras veces era la naturaleza hosca e inmensamente melancólica, de la parte oriental de los Andes ecuatorianos, la que atraía, de un modo particular, al hombre solitario. Allí es la tristeza suprema de lo sublime. La omnipotencia de la infinita Cordillera, viene como rodando de la altura, hasta dar en un fondo de languidez y abatimiento incomparables. La frente de los Andes que mira hacia el Atlántico, parece hacer una reverencia a la melancolía rebelde de las faldas de la gran Cadena.

Mirad el paisaje.

Mirad, al sur, una vasta llanura de esmeralda, con ligeras manchas de amarillo pálido extendiéndose en majestuoso letargo, hasta un enorme corco de montanas negras, apenas perceptibles, cuyos picos en miniatura pirédense, lentamente, entre la grandiosa inmensidad de un cielo brumoso y triste. Mirad en medio un solitario rio; alla, a lo lejos, una descomunal columna de piata, que no es sino una gran cascada; mirad lo que no tieno término... Pero guardaos, eso si, que una sorpresa os va a dejar inmóviles. Es un manto de luto que se arruga sobre un monstruoso gigante en cuclillas que no quiere ser visto. Más bien, una montaña tenebrosa y lejana que parece egacharse....Lo inmenso se pierde con lo immenso, lo triste con lo triste. Y, mientras el sol, circundado de nubes, hace, en el ocaso, una hoguera incandescente de la tierra, un mundo de lobreguez solemne e inquietante, os aplasta el paisaje como una losa. Y después, cuando ya los fátiles reflejos del astro lánguido han expirado definitivamente, mirad la obscuridad de afuera y no olvideis vuestro panorama înterior....Entonces vuestro espíritu se ha vuelto obscuro, triste e ilimitado como el paisaje: está silencioso y apenado e inmenso, y, con la virgen naturaleza, llora...

Así sentía el hombre solitario. Cuántas veces nos ha hablado do su melancolía, hirviente como un vasto océano, dentro de un pecho más vasto aún que cien mares de la tierra... Era una melancolía infinite y rebelde, y, por

infinita y rebelde él la quería. Que hombre cosmopolita como fué, sobre todos los tiempos y sobre tedas las cosay, nunca halló algo que desechar, como no fuera del todo ruín. Paisaje duro, y él lo amaba; paisaje triste y él lo adoraba; paisaje alegre y él lo bendecía. Montalvo fué un optimista a toda prueba, y tal su modo de amar la natagaleza....

Hay en esta pasión por lo original, por los gettos para común, cierta analogía entre todos los hombres, sean del país que facen. Esa analogía es una como vaga intensidad de fuerza interior, que, cuando se la despueble de como vaga intensidad de fuerza interior. Los que todos entre entre de como vaga entre arrolla demasiado, da en simple fanatismo. Jesucristo fué un raro caso entre los hombres; su vida emocionante cautivó a muchos, y, luego, éstos no fueron sino meros hombrecillos abvectos, con una sola dirección en su espíritu-la emoción superior, ya ciega, que no es otra cosa que el misticismo. Lo que hace la naturaleza todos comprendemos, más o menos bien. A veces, sus 3 son tan poderosos, que si no nos agarráramos firmemente a muetra

voluntad, ya nos dejaríamos arrebatar, por ella, hasta la misma reón de nuestra personalidad. Así ha sucedido con muchos aunque esas, más se debe a las circunstancias favorecedoras del «medio». El i e obscurece, la voluntad se aniquila....Pensad en algunas extrañas le les últimos tiempos, decadentes, diabólicas simbolistas, etc. y cussons dos faltas encontraréis a primera vista: la no voluntad del poeta y la ausencia casi absoluta, del espiritu de selección. El poeta, por no sé qué callado estímulo interior, ha preferido ser un pobre niño inexperto—un pobre sin pasado y sin ganas de tenerlo—ante el nuevo placer y la nueva belleza, para sentirlos quizás mejor. Ama la cosa, y la expresa con absurdos, al parecer de los que no hemos tenido ocasión de tener la mism intensidad emotiva que él. Y es que a la fuerza violenta de un muy intenso amor, o de un muy grande sentimiento, parece imposible que la verdadora expresión no quede aniquilada . . . Así, me supongo, un hombre de sensibilidad verleniana, puesto entre los Andes, para cantar su voluble naturaleza, no sería-superficialmente y para nosotros—sino un Hesíodo inaguantable pero sin cejar por ello, de ser, en el fondo, un gran poeta... Sería sombrío y hosco, de una pesadez y rudeza extravagantes. Como a la vista de una dormida llanura

francesa, a la de una simple, gris montaña, su alma se encendería en pena desesperada y torturante, pero con inspiración de ciclo Nuestros poetas que se han entregado a dulces delirios con madre Natura, no han tenido nunca ni un fragmentito del alma de Verlaine. Pero Montalvo, por su parte, y para con la poesía de su soberbia naturaleza, antes pro-

curó vivirla que expresarla.

Epílogo

Estos opúsculos finales—consagrados a un gran hombre, que yo tanto amo en el recuerdo, y en sus libros—apenas si son breves esbozos de una intención biográfica. Montalvo no es una vida así como quiera. Es una vida compleja; y una vida de raro, muy singular y muy suya. Por encima de la vertiginosa vida nacional de su tiempo y del de hoy, su gran figura sola y única, se alza, como un Chimborazo. Su «modalidad», su talento, su intima manera de ver y gustar las cosas no tienen entronques con nada de su trisle «madio». Fué poderoso, fué absoluto, fué un tirano para con su propia personalidad, y nugca esta bajó de su trono de olímpica soberbia hasta el fondo del alma nacional, que él descaba mejorar. Como mal psicológo, quiso demasiado para su patria, sin pensar en lo que su capacidad podía apreciar en verdad. De aquí pre

el Ecuador tenga en la historia un hijo muy grande que más, parece un extranjero extrafio. Su carácter no fué carácter para un Ecuador sino para una Grecia....

Y tal vida, tal espíritu, merecen estudiarse de otro modo. Aunque, cierto, su vida está más bien-como la asombradora visión de un enormo contraste,— en el corazón del pueblo ecuatoriano; mas no su poderoso intelecto, eso sí, para el cual las miradas de sus contemporáneos quedaron muy lejos. Si pudiéramos compararle con alguien, diríamos que, en esta parte, es el caso de La Bruyére al revés. Toda la luz de su gran siglo—dice an bella imagen Sainte Beuve [con respecto al autor de Caracteres—cayó sobre las hermosas páginas del admirable libro, y el hombre que lo tenía quedó como perdido en la penumbra....» Se ignora la vida de il Juan de La Bruyére. No así la de Juan Montalvo. Esta, en gran parte, es sabida de memoria. Sus conciudadanos, y la América boda primerámente vieron en él un hombre violento, un escritor político elocuente, una víctima del fanatismo sanguinario del infame partido clerical; mas no un espíritu de filosofía, ui un «héroe». El alma de Montalvo, su psicología infinita, toda su intención ética, quedaron como escondidas en el fondo de sus libros, ya casi olvidados, "merced a su calidad de difíciles....

Hermosa capacidad es ésta y que, dentro de los justos límitos que me corresponden, sí puedo llamar también «mía». Aunque es muy cierto que, ella misma, me ha conducido, más de una vez, a gravos desazones. Así, en cierta ocasión expresé, en ingenuo folicto «mi manera personal de comprender y admirar al hombre artista en sí, entre sus semejantes y en todo el mundo mismo»; mas, como todos los hombres no son artistas, ni saben lo que ellos significan ni el mundo ni entre sus semajantes, resignadamente, caliadamente, tuve que soportar de los que no lo son, sobre mí, un enerme alud de groserías y torpozas a cual más violentas.

—¡Oh, lo que dicen Lombrosso 'y Max Nordau; sotre todo el soberbio Max Nordau!.....

Un tal Robalino Dávila, gacetillero cursilón ignorante y grotesco, publicó, en un ru periódico, una serie de perrerías contra diche fo leto—fo-lleto reproducido integro y comentado elogiosamente en la prense extranjera-y no del todo mal mirado por ilustres literatos de América y Europa en cartas elocuentísim s, que afectuosamente conservo,—pidióndome el retrato, «que el autor era un descenacido». ... IComo si todos los jóvenes, a los 18 años mismo, estuvieran obligados a asistir a las tabernas!

¡Valientes crítices de esto género preteden aprove har, en todo caso nuestra condición de escritores nuevos, para, sin más razón, hundirnos en la nada!

Nunca se quiere comprender el valor de un buen deseo. Ni nunca quieren saber que, en verdad, en un libro preden haber muchas cosas inverosímiles; pero no un autor canalla. Yo mismo, en ciertos pasajes, quizás sea un escritor completamente inverosímil. Y quizás lo sea al admirar todo, como admiro a qué hasta cierto género de sinvergüenzas, si bien éstos no sean ni siquiera parecidos al tal Luis Robalino Dávila—iquien sabe si un triste mercenario en alguno de nuestros pobres minesterios!

Que, detrás de un acto o un discurso reprobables—a primera vista—, acaso esté la buena intención tersa y magnifica brillando como un sol.....

